

En las últimas semanas se ha hablado mucho de que lo más duro de la crisis económica ya pasó, y que, de acuerdo con indicadores que se están presentando en Estados Unidos, estamos cerca del punto de inflexión a partir del cual comenzaremos a ver mejoras graduales.

Incluso, el pasado 8 de julio, la Secretaría de Hacienda señaló que México podría alcanzar una tasa de crecimiento de 3% en el 2010.

Es verdad que hay señales de que la caída ya es menos pronunciada y que la situación puede entrar en una mejor dinámica. Hay sectores que ya están registrando un buen repunte.

Sin embargo, no debemos perder de vista que acabamos de salir de un trimestre extremadamente complicado, con una caída de 10 por ciento. Estamos todavía en la parte más baja de la curva, con miles de empresas en una situación financiera muy comprometida.

Para el 2010 todavía faltan cinco meses que no serán fáciles, y el mismo 2010 plantea, ya desde ahora, riesgos importantes. Por lo pronto, lo vamos a iniciar con unas finanzas públicas comprometidas, como no había pasado desde hace muchos años. Tanto los ingresos petroleros como los fiscales están a la baja, y en cambio, el gasto corriente está más alto que nunca. Con ese antecedente, el déficit público en el 2010 pudiera superar el 3.6 por ciento.

Debemos recordar lo mucho que nos costó tener una relativa estabilidad macroeconómica que, por lo pronto, es lo que más nos ha ayudado a amortiguar el golpe de la crisis.

Como se ve el panorama, tenemos tres opciones para dar respuesta a esa a situación: o nos endeudamos, o se aumenta la recaudación fiscal o nos ajustamos el cinturón.

Ya sabemos de los riesgos de endeudarse. Con una base tributaria tan débil y una economía con tan poca capacidad de crecimiento, eso

no parece la mejor idea.

En Coparmex estamos convencidos de que es urgente concretar una reforma hacendaria de fondo que, entre otras prioridades, tenga la capacidad de recaudar más sobre una base de contribuyentes mayor. Tenemos en este país un sector informal que algunos cálculos ponen cerca del 12% del PIB, pero que pudiera incluso llegar al 50% ó más.

Pero si bien es cierto que se necesita aumentar la recaudación, de poco nos va a servir si no somos capaces de gastarla adecuadamente. Hoy por hoy, el gasto corriente es muy elevado, poco eficiente y opaco.

Como lo ha señalado la propia Auditoría Superior de la Federación, la burocracia se lleva aproximadamente el 75% del presupuesto federal, lo que deja apenas un 25% para capital productivo. En cambio, en los países de la OCDE, en promedio se destina más de 40% del presupuesto para inversión.

Además, hay dependencias o áreas que mantienen subejercicios alarmantes desde hace muchos años: salud, campo, infraestructura... En el 2008, en infraestructura de salud no se gastó ni el 10% de lo presupuestado. Y lo peor es que este año no parece que habrá una mejoría significativa. Eso atenúa el déficit, pero se pierden oportunidades o no se responde a las necesidades de la población.

Tenemos ese problema con los programas anticíclicos, que por su naturaleza son de carácter urgentes.

Se ha sacado un programa anti-crisis tras otro desde mediados del año pasado. La semana pasada hubo otro más, relacionado con el sector automotriz. Sin embargo, antes sería bueno asegurarse de que los primeros, que se anunciaron desde el año pasado, estén funcionando y dando los resultados que se esperan con más agilidad.

En cambio, para los procesos electorales, como las elecciones del 5 de julio pasado, gastamos miles de millones de pesos, y sin retrasos.

Hay que aclarar que el Gobierno Federal no es el único responsable,

ni de la situación, ni de la solución. Los legisladores, a fin de cuentas, son los encargados de revisar y aprobar el presupuesto, además de que deben darle seguimiento a su ejercicio y fijar leyes adecuadas para el caso.

Y no nos olvidemos de las cajas negras de las finanzas de los gobiernos estatales y municipales. Ahí ni siquiera hay forma de saber a ciencia cierta el grado en que se usa el dinero público. Por eso es tan urgente que se homologuen las contabilidades de todos los estados y que se implementen mejores sistemas de transparencia y rendición de cuentas.

En síntesis, necesitamos un gasto público más eficaz, menos oneroso y bien dirigido a las prioridades.

Ninguna empresa puede subsistir de manera sana con ingresos decrecientes y gastos en aumento y sin control. Lo mismo aplica para cualquier gobierno. ¿A dónde podemos ir si ganamos poco, invertimos poco y gastamos mucho, mal y a destiempo?

A los ciudadanos nos toca no dejar de insistir para que haya cambios en este sentido. Gracias a instrumentos como el Índice Coparmex del Uso de los Recursos (ICUR), que próximamente estaremos publicando en su segunda edición, ahora tenemos más bases para hacerlo.

Comparte la Señal Coparmex.